

EDITA: PROVINCIA ECLESIASTICA DE MADRID

ISSN 2531-0798

www.archimadrid.es/boletinbopem@archidiocesis.madrid

Sumario

ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

CARDENAL ARZOBISPO

Carta pastoral con motivo de la Pascua 2025 pp. 121-127 

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

Nombramientos p. 128-129 

DIÓCESIS DE ALCALÁ DE HENARES

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

Asociaciones y fundaciones canónicas p. 130 

DIÓCESIS DE GETAFE

SEÑOR OBISPO

Carta. Pastoral del Mayor pp. 131-132 

Homilía. Domingo de Ramos pp. 133-136 

Homilía. Misa Crismal pp. 137-142 

Homilía. Jueves Santo pp. 143-145 

Homilía. Viernes Santo pp. 146-147 

Homilía. Vigilia pascual pp. 148-150 

Homilía. Funeral diocesano por el papa Francisco pp. 151-154 

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

Defunciones p. 155 

ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

SEÑOR CARDENAL ARZOBISPO

Carta pastoral con motivo de la Pascua 2025

Queridos hermanos y hermanas:

¡Resucitó el Señor! ¡Cristo vive! ¡Aleluya! La paz a vosotros.

Durante los últimos días hemos recorrido el camino del misterio pascual, desde la cena de la entrega sin límites hasta el asombro ante el sepulcro vacío. En esta Pascua se nos invita a buscar los bienes de lo alto, no en abstracciones, sino desde los sepulcros concretos de la vida. Tenemos que confiar en el testimonio de quienes han visto y creído, y ser nosotros mismos testigos creíbles y portadores de esa buena noticia.

A menudo me pregunto por qué no vivimos más alegres. La alegría pascual no es un entusiasmo superficial, sino un gozo profundo, nacido de la certeza de que, pese a las dificultades, la victoria final pertenece a Dios. Hemos sido «Bautizados para ser peregrinos de Esperanza» [\[1\]](#) y estamos llamados a vivir desde ella.

Una llamada va a estar muy presente a lo largo de las próximas semanas. Es la invitación del Señor resucitado, que saldrá una y otra vez al encuentro de quienes han perdido la esperanza. El saludo del Resucitado quiere ser al mismo tiempo don y tarea: «La paz a vosotros» -dirá-. Paz. Esa es la palabra con que el Resucitado evoca la calma, el sosiego y esta especial alegría, en esta nueva primavera del alma humana, que es la resurrección. Es también la Buena Noticia que invitará a compartir a sus testigos allá donde vayan, en todas las épocas y hasta los confines del mundo (cf. Mc 16,15).

1. «PAZ A VOSOTROS»

Es la misma voz del Resucitado. Queremos que llegue, a través de sus discípulos, a todos los sepulcros y a todos los lugares inhóspitos que tienen sed de ella. Es tiempo para dejar que resuene y se amplifique su eco por medio de esta Iglesia nuestra madrileña.

Es “la paz” de comprender que el sepulcro está vacío, y no porque un cadáver ha sido trasladado de sitio, sino porque quien estaba muerto vive para siempre. Es la paz de tocar las heridas y saber que ya no duelen. La paz de sentir el corazón ardiendo al recobrar la esperanza. La paz de comprender que el perdón ha sido más fuerte que la venganza y el amor más fuerte que la muerte. Es la paz de escuchar de nuevo la Palabra tras el silencio perplejo. La paz de quien ha aguantado insultos, gritos, violencias y allí ha comprobado que Dios ilumina cada herida. La paz de entender que la fortaleza de los poderosos era efímera e insuficiente, y el Siervo de Yahveh ha sido más fuerte que quienes lo condenaron a una muerte de cruz.

Escuchar esa palabra de paz y proclamarla es hoy más necesario que nunca. «Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia, que pregona la justicia» (Is 52,7).

En un mundo donde suenan tambores de guerra, donde líderes autoritarios pretenden subvertir los consensos y derribar límites infranqueables; donde se alzan muros y trincheras que separan cada vez más a las personas y a los pueblos; en un mundo donde tantas voces, con argumentos diversos, claman por el rearme y advierten de la proximidad de la guerra, la voz de la Iglesia, testigo del Resucitado, ha de alzarse clara y sin ambigüedades, nítida y rotunda, diciendo: «Paz a vosotros».

Es necesario hacer resonar en nuestras vidas y en nuestras comunidades cristianas, la voz interpelante del Resucitado ofreciendo el don de su paz allí donde más se necesita. La pregunta que surge es: ¿en verdad, queremos acogerla de forma nueva y resucitada?

La violencia y la guerra nos vuelven sordos. Vivimos en una cultura que no solo genera violencia, sino que en muchos casos se beneficia de ella. Hay intereses económicos y políticos que alimentan los conflictos, que propician la venta de armas, que refuerzan narrativas de enemistad. Frente a ese estruendo destructor, la voz del Resucitado puede parecer frágil, pero es la única que salva. «Paz a vosotros»: estas son las palabras que este mundo herido necesita escuchar con urgencia.

No solo las guerras declaradas matan y hieren. También hay una violencia más sutil, estructural, que se filtra en nuestras relaciones cotidianas. Anida en el desprecio, en el insulto, en los juicios precipitados, en la deshumanización del

otro. Es la violencia que también padeció Cristo en su pasión. Esa violencia también necesita ser redimida por la paz del Resucitado. ¿Sabremos dejar aquí resonar la voz del Resucitado de forma renovada?

2. ESTA PAZ NO ES UNA VIRTUD FÁCIL NI CÓMODA

La paz del Resucitado se pide, se trabaja, se pelea, se conquista con el perdón y luego hay que cuidarla, porque es extremadamente frágil. Esta paz se forja atravesando la cruz. Es por eso la paz no es la ausencia de conflicto. El conflicto es connatural a lo humano: estamos vivos, somos diferentes, tenemos impulsos, voluntad, diversidad de perspectivas e intereses. Es normal la contradicción, es humana la competencia, la oposición. La paz es el empeño militante en buscar caminos no violentos para afrontar y resolver esos conflictos. Esto implica dialogar, ceder y buscar puntos de encuentro. Y siempre escuchar al que murió violentamente por nuestros pecados reconciliando en sí todas las cosas.

Así un día podrá decirse de nosotros «bienaventurados los que trabajan por la paz» (Mt 5,9).

La paz es saber perdonar, porque aprendimos a hacerlo a los pies de la cruz, de manos de quien cargó con el odio del mundo y respondió con amor desarmado. Él interrumpió la cadena interminable de venganzas y, con su resurrección, nos regaló un camino nuevo: **el perdón como fuente de paz, y la paz como verdadero fruto pascual.**

Ahora bien, **no confundamos la paz con la resignación o la indiferencia.** La paz no significa renunciar a ciertos empeños sagrados, especialmente cuando lo que está en juego es la causa de la verdad, la justicia, la dignidad o la suerte de los más vulnerables [2]. Solo significa renunciar a abordar estos desafíos de forma violenta. La violencia no soluciona los conflictos; los agrava, los multiplica y los cronifica. Deja heridas abiertas por mucho tiempo, genera sufrimiento injusto y causa multitud de víctimas inocentes. La amistad social que necesitamos solo es posible si caemos en la cuenta de la unidad es superior al conflicto [3].

Por eso, la paz del Resucitado es un compromiso diario. No se impone; solo se ofrece. No se defiende con armas, sino con la fuerza humilde del perdón, la escucha, la entrega y el respeto al diferente.

3. EL RESUCITADO PUEDE ANUNCIAR LA PAZ CON AUTORIDAD

Su discurso no es buenista o descomprometido, ni está plagado de la palabrería fácil de quien da consejos preservado desde la barrera.

El Resucitado ha bajado a los infiernos, ha visitado todas las llagas y heridas de la humanidad y, a costa de las suyas (cf. Is 53,5ss.), ha salido vencedor. Ha plantado cara y ha luchado hasta el final. Ha confrontado a la mentira y ha defendido la verdad con amor. Ha plantado cara al egoísmo desde el amor radical e incondicional al prójimo. Se ha enfrentado a la ley cuando encadena al ser humano y le ha liberado con la ley nueva del amor que viene del mismo Dios. Ha plantado cara al poder injusto con la dignidad imbatible de una justicia inmortal. Ha plantado cara a la muerte desde la defensa de la vida que sueña Dios para nosotros. Y se ha plantado frente al miedo desde la valentía de quien se niega a huir.

Es verdad que este camino ha conducido a la cruz. Sin embargo, la cruz no ha tenido la última palabra. El odio, el egoísmo, la violencia, la dureza de corazón, la mentira y el mal, terminaron devorando a sus propios portadores. Al final, con el Resucitado gana la vida y vence la paz.

4. DEFENDAMOS LA PAZ Y CUIDEMOS QUE EL ECO DE LA VOZ DEL RESUCITADO NO SE APAGUE

No anunciaremos al Resucitado ni defenderemos la paz escondiéndonos o callando. Estamos llamados a ser los labios del Resucitado. Tenemos que denunciar lo injusto. Tenemos que defender lo humano. Y tenemos que ser eco firme de la voz de Dios que sigue clamando por el bien de su creación y por la búsqueda de caminos para la reconciliación y la paz.

Ser eco de la voz del Resucitado. ¿No es esta una aspiración demasiado ambiciosa? ¿Podremos ser testigos del Resucitado que anuncia la paz? Rotundamente sí. Por supuesto que es posible. **Por el bautismo nos incorporamos un día a Cristo y a su Iglesia.** Se nos ungió para apartar el mal de nosotros. Se nos bautizó en el agua y el Espíritu y se nos vinculó a Él mismo. En

ese mismo Espíritu se nos consagró, como parte de un pueblo de sacerdotes, profetas y reyes. Nos revestimos de una vestidura blanca que simbolizaba al mismo Cristo. Renunciamos “a la violencia, como contraria a la caridad”. Se nos invitó a caminar como hijos de la luz y se nos aseguró que el Espíritu del Padre y del Hijo habitaría en nosotros hasta el final.

¿Acaso lo hemos olvidado? ¿O quizás nunca llegamos a saberlo? Este es el tiempo de hacerlo patente con nuestra propia vida. Es el tiempo de que se note el Espíritu que nos habita, el espíritu de la verdad y de la paz, el espíritu de la sabiduría y la templanza, el Espíritu de Dios. Es tiempo de ser, de verdad, cada uno de nosotros, sacerdotes, profetas y reyes, testigos del «Evangelio de la paz» (Ef 6,15).

Pidamos al Resucitado que nuestra vida sea una entrega fecunda y pacífica, como lo hizo el mismo Jesús. Recemos para que nuestra palabra sea profecía, eco de la voz de Dios, en medio de un mundo de discursos estridentes y vacíos.

Oremos para que el poder que cada cual maneja se ejerza para servir y para promover el bien y la justicia, el amor y la verdad. Y que se exprese en el perdón ofrecido y macerado a los pies de la cruz. Porque eso, exactamente eso, es lo que nos enseñó el que ha vencido a la muerte.

¡Feliz Pascua de Resurrección, queridos hermanos y hermanas! Es tiempo para acoger la serenidad del Resucitado y la de las personas que en Cristo encuentran su tierra y su horizonte. El Señor es nuestro camino, verdad y vida; nuestra alegría y quien nos convierte en discípulos misioneros y peregrinos de esperanza. Él «es nuestra paz» (Ef 2,14).

Os invito a replicar esta voz a tantos lugares concretos que lo necesitan. A llevarla a vuestras comunidades, barrios y pueblos de nuestra Iglesia madrileña. Hacedla resonar en todos los sepulcros que encontréis en el camino. Con el papa Francisco, «que el primer signo de esperanza se traduzca en paz para el mundo» [4].

Que María, la primera creyente, la que nunca dejó de esperar, la testigo silenciosa de la resurrección, la madre de la Iglesia nos ayude a cantar con nuestras vidas un nuevo *Magnificat*. Que nuestra existencia sea, como lo fue la suya, reflejo de ese Dios que, en Cristo, planta cara al poder injusto y levanta a

todos los golpeados y perdedores de la historia, para que puedan definitivamente vivir en paz.

+ José Cobo Cano
Cardenal arzobispo de Madrid

NOTAS

[1] Cf. *Carta pastoral para el inicio de curso 2024-2025*, [BOAM](#) 2024/8/301-319.

[2] «Si verdaderamente queremos preparar en el mundo el camino de la paz, esforcémonos por remediar las causas que originan las injusticias, cancelemos la deudas injustas e insolutas y saciemos a los hambrientos». FRANCISCO, bula de convocación del Jubileo ordinario del año 2025 [Spes non confundit](#) (9-5-2024) 16.

[3] Cf. FRANCISCO, carta encíclica [Fratelli tutti](#) (3-10-2020) 244.

[4] FRANCISCO, *Spes non confundit*, 8.

PROPUESTAS

1. Revisar en nuestros grupos y comunidades los lugares donde se necesita el eco de la voz del Resucitado. Ponerles nombre.
2. Acordar juntos cómo cada comunidad puede en esta Pascua ser el eco de la Paz del Resucitado de forma concreta.
3. A través de las homilías, las catequesis y en la formación buscar maneras de ahondar en el significado de nuestro bautismo y en la vocación que hemos recibido como testigos de la Resurrección.
4. Intentar conocer la fecha del bautismo de cada miembro de la comunidad y proponer formas de celebrarlo en cada aniversario, bien en la familia o en la parroquia.

ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

Nombramientos

8 de abril de 2025

P. Emilio Velasco Triviño, M.SS.CC.	Administrador parroquial	Virgen de LLuc
P. Buenaventura González Gigosos, O.M.I.	Arcipreste	Nuestra Señora del Pilar
D. Ignacio Escrivá Uriarte	Capellán	Instituto de Estudios Bursátiles
D. Francisco de Borja Armada Martínez - Campos	Coordinador de pastoral de la salud	Vicaria VIII
D. Víctor Allende Urruela	Coordinador de pastoral de mayores	Vicaria VIII

16 de abril de 2025

P. Arturo Raygoza Mejía, SdJ	Vicario parroquial	Santos Apóstoles Felipe y Santiago el Menor
P. Alberto Cano Arenas, S.J.	Capellán	Hospital Doctor Rodríguez Lafora
D. José Manuel Seijas Costa	Capellán	Hospital Doctor Rodríguez Lafora
Sor Susy-Estela Santillán Díaz, A.H.A.	Asistente religioso	Residencia Doctor González Bueno

Dña. Aurora Álvarez Juarranz	Coordinadora	Comisión para una vida libre de violencia contra las mujeres
D. José Luengo Coloma	Coordinador de catequesis	Vicaria I
D. Alberto López Recuero	Delegado episcopal	de exequias

DIÓCESIS DE ALCALÁ DE HENARES**CANCILLERÍA-SECRETARÍA****Asociaciones y fundaciones canónicas**

Fecha	Prot. Nº.	Decreto
3-4-2025	043/2025	Confirmación de Dña. María del Carmen Martín Vallehermoso como presidenta de la Hermandad de la Santísima Cruz de Ambite de Tajuña.
29-4-2025	058/2025	Confirmación de D. Ricardo Moreda Arroyo como prioste-presidente de la Hermandad del Santísimo Cristo de los Ultrajes de Valdetorres de Jarama.

DIÓCESIS DE GETAFE**SEÑOR OBISPO****Carta con motivo de la Pastoral del Mayor**

Queridos hermanos sacerdotes:

Con fecha 1 de noviembre de 2023, creé una Delegación diocesana del Mayor con el fin de procurar y cuidar la atención pastoral a las personas mayores, esta nueva instancia diocesana quiere ser un gesto significativo que reconoce la valiosa contribución y la sabiduría de nuestros hermanos más mayores, que tanto aportan a la Iglesia, en concreto a nuestra iglesia diocesana, y a la sociedad.

La importancia de estar cerca de nuestros mayores no puede ser subestimada. Ellos han dedicado sus vidas a la fe y a la comunidad, y es nuestro deber acompañarles en esta etapa de sus vidas. Como tantas veces nos recuerda el papa Francisco, ellos son las raíces. Los mayores son portadores de una sabiduría acumulada a lo largo de años de experiencia y vivencias, también de sufrimientos que los han hecho crecer, y su presencia enriquece nuestra vida parroquial y diocesana. Estar cerca de ellos no solo es un acto de justicia y gratitud, sino también una oportunidad para aprender y crecer juntos en la fe.

La Delegación del Mayor, que se inspira en las palabras del papa en el contexto del Congreso «La riqueza de los años», en el que afirmó, «considerar el pueblo de las personas mayores como parte del pueblo de Dios y no solo como objeto de atención caritativa. Son una parte considerable del laicado católico y tienen necesidades especiales que debemos tener en cuenta. Por esta razón es necesario que las Diócesis creen departamentos dedicados a la pastoral de las personas mayores». En consonancia con las palabras de Francisco, creemos firmemente que los mayores son una fuente inagotable de experiencia y fe, y que su testimonio es fundamental para la transmisión de valores cristianos a las nuevas generaciones. Por eso, uno de sus objetivos, que ya vienen realizando es el encuentro y diálogo intergeneracional.

En esta línea de acción pastoral, os recuerdo, y os pido que deis difusión a la próxima Jornada Diocesana del Mayor, que celebraremos D. m. el día 26 de abril. Esta jornada no solo será una oportunidad para rendir homenaje a

nuestros mayores, sino también para reconocer y agradecer su inestimable aportación a nuestra comunidad eclesial.

En el marco de esta iniciativa, quisiera también destacar el Proyecto Rut, que se ha puesto en marcha en el arciprestazgo de Parla, y que tiene como fin llegar a toda la diócesis. El Proyecto Rut consiste en la creación de un grupo de voluntariado que visite a los mayores que están solos en residencias para llevarles el afecto de la Iglesia y el apoyo de una comunidad fraterna. Gracias a Dios son muchos los voluntarios que se han ofrecido para esta misión.

La nueva delegación, con su delegado, D. Álvaro Medina; el consiliario, D. Iván Puertas, y todo el equipo tienen iniciativas e ilusión lograda para llevar adelante lo que el Señor les pide a través de la Iglesia. Agradezco a cada uno tanta generosidad, al tiempo que los animo a seguir adelante en esta tarea.

Os invito a todos a apoyar a la nueva delegación, a invitarlos a vuestras comunidades, así como a facilitar la participación de los mayores de vuestras parroquias, y vosotros mismos, en la jornada del mes de abril.

Con afecto en el Señor,

+ Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

DIÓCESIS DE GETAFE**SEÑOR OBISPO****Homilía. Domingo de Ramos en la Pasión del Señor. Catedral de Santa María Magdalena (13-4-2025)**

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Comenzamos hoy la Semana Santa con esta celebración solemne del Domingo de Ramos, un día lleno de contrastes, donde pasamos del júbilo de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén a la profunda meditación sobre su Pasión según el Evangelio de San Lucas.

La liturgia nos invita primero a participar en la procesión con los ramos, un gesto que nos recuerda el entusiasmo del pueblo que reconoció a Jesús como el Mesías. Imaginemos aquella escena: hombres, mujeres y niños salían a las calles con ramos de olivo, clamando «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!». Este gesto es una proclamación pública de fe, un reconocimiento de que Cristo es nuestro Rey. Sin embargo, como acabamos de contemplar en el relato de la Pasión, este mismo pueblo que aclamaba a Jesús pronto lo abandonará, y asiste en silencio o con rechazo a una condena injusta, y a la muerte del inocente que no puede ni debe dejar indiferente a nadie.

Nuestra procesión de hoy hacia la catedral ha querido simbolizar, en primer lugar, este acontecimiento evangélico, pero al mismo tiempo nuestro propio caminar junto a Cristo que asume su destino y camina a la muerte como ofrenda de la propia vida por amor a nosotros. En este momento, podemos preguntarnos, ¿estamos realmente dispuestos a seguirle no solo en los momentos de gloria, sino también en el camino de la cruz? Porque ser discípulo de Jesús implica compartir no solo sus ideales o su programa, sino también su destino, es decir, cargar nuestra cruz, amar sin condiciones y permanecer fieles incluso en los momentos más difíciles de la prueba.

La entrada de Jesús a Jerusalén es también un anuncio de esperanza en la resurrección, el canto de alabanza de los discípulos y de todo el pueblo anuncia la alegría y la alabanza por la victoria del Hijo de Dios sobre la muerte, que celebraremos al final de esta semana, la Pascua. El Signo del pollino, de tan

fuerte sabor bíblico, expresa la entrada en Jerusalén del descendiente de David, vencedor del mal, y el cumplimiento de las promesas de Dios.

La sencillez manifestada en el pollino sobre el que va sentado el Señor es la expresión de la humildad desde la que Dios salva.

En el Evangelio de san Lucas que acabamos de escuchar, se nos revela la profundidad del amor de Dios. Jesús, sabiendo el sufrimiento que le espera, no retrocede. Su entrada en Jerusalén es una decisión consciente, una entrega total al plan de salvación del Padre. En el relato de la Pasión, somos testigos de la soledad, la traición, el rechazo y el dolor físico que Jesús soporta por nuestra redención. Pero también vemos su compasión infinita, en cada mirada, en cada gesto, como cuando perdona a los que le crucifican y promete el paraíso al buen ladrón.

San Lucas nos presenta una imagen de Cristo donde se ve claramente el secreto de su corazón; en su mirada, en su palabra, y en sus gestos se revela la compasión de Dios. El Jesús de Lucas es un hombre entrañable que transmite cercanía, ternura, paz al que lo contempla; nos sentimos acogidos por ese varón de dolores que nos enseña a mirar al sufrimiento con ojos nuevos, descubriendo que en el interior de la prueba puede haber -y de hecho, hay- sentido, porque tiene un valor redentor.

Hoy, y siempre estamos invitados a contemplar la entrega del Hijo en estas escenas de pasión, así lo hizo también el apóstol san Pablo, el que nos invita a tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús.

El himno de san Pablo en su carta a los Filipenses que acabamos de escuchar nos muestra con gran claridad y profundidad el misterio insondable del corazón de Cristo; este himno es una de las expresiones del Nuevo Testamento más profundas sobre la humildad y la obediencia de nuestro Señor Jesucristo. En estas palabras, contemplamos cómo Jesús, siendo Dios, no se aferró a su condición divina, sino que se despojó de sí mismo, tomando la forma de siervo y entregándose hasta la muerte, y una muerte de cruz.

Es un misterio de abajamiento y desprendimiento. Así ha querido Dios salvar el mundo, cuando nosotros queremos subir, Él quiere bajar; cuando nosotros buscamos la honra, Él elige el camino del desprendimiento de sí mismo, y todo por amor. Este gesto, que contradice toda lógica humana, nos

enseña que el verdadero poder se encuentra en el servicio y que el verdadero amor se demuestra en la entrega total.

Al final, el himno nos revela la glorificación de Jesús: «Por eso Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre». La humildad y el sacrificio no terminan en la cruz, sino en la victoria y la gloria. Esta es nuestra esperanza como cristianos, que al imitar la humildad de Cristo y vivir según su ejemplo, también participaremos de su gloria eterna.

Este Domingo de Ramos nos desafía a reflexionar: ¿Cómo respondemos a este amor del Señor? ¿Estamos dispuestos a abrirle nuestro corazón y acompañarlo hasta la cruz? Nuestra fe no puede limitarse a clamar *Hosanna* en momentos de alegría, sino también a decir «Hágase tu voluntad» en tiempos de tribulación.

Pero la contemplación de la pasión del Señor no solo crea una relación entrañable entre Jesús y nosotros, no es una relación cerrada, sino que se prolonga en la acogida en nuestras vidas del sufrimiento y al dolor de tantos hermanos en los que hoy vemos el rostro Cristo y tocamos su carne. Sabemos que la pasión del Señor se actualiza en las heridas de nuestro mundo. Nuestros ojos y nuestro corazón deben mirar a los abandonados para ver en ellos al Abandonado. «Para nosotros, discípulos del Abandonado, nadie puede ser marginado; nadie puede ser abandonado a su suerte. Porque, recordémoslo, las personas rechazadas y excluidas son iconos vivos de Cristo» (Francisco, homilía del Domingo de Ramos, 2-4-2023).

Al entrar en esta Semana Santa, acerquémonos a Jesús con un espíritu renovado, participando en los misterios de su Pasión, Muerte y Resurrección. Que nuestros ramos sean un signo de nuestro compromiso de seguirlo plenamente, de proclamarlo como nuestro Señor y Salvador. Si los habitantes de Jerusalén vieron a Jesús entrar triunfante en la Ciudad –nosotros también lo hemos celebrado hoy–, acogamos a Jesús que viene a nosotros ahora en la humildad de un trozo de pan y un poco de vino. En la Eucaristía Jesús glorioso en su humanidad viene a nosotros para ser alimento de vida eterna.

Pidamos al Señor la gracia de caminar con Él, no solo hoy, sino todos los días de nuestra vida. Que esta Semana Santa sea un tiempo de conversión profunda y de encuentro con el amor que transforma todas las cosas.

María, la Virgen, es un ejemplo de seguimiento para nosotros. Es también una guía necesaria para nuestro encuentro con Jesús, y un modelo para nuestra contemplación. Ella es icono del dolor vivido en esperanza, espera contra toda esperanza, porque el amor siempre espera, el amor siempre abre camino, y donde pensamos que está el final, es solo una puerta abierta a una nueva vida.

+ Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

DIÓCESIS DE GETAFE**SEÑOR OBISPO****Homilía. Misa Crismal. Catedral de Santa María Magdalena (15-4-2025)**

Queridos hermanos en el episcopado, señor obispo auxiliar, D. José María, nuestro obispo emérito, D. Joaquín María; queridos hermanos sacerdotes de nuestro presbiterio diocesano, los que en estos días estáis también con nosotros. Saludo al señor vicario general, al vicario judicial, a los vicarios episcopales, también a los diáconos, a este cuerpo de diáconos que hoy concelebran también esta Eucaristía. Quiero saludar a los religiosos, a las religiosas, a todas las formas de vida consagrada y a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas en el Señor.

No me olvido del seminario, de los seminaristas que en esta misa crismal siempre nos recuerdan que son nuestra esperanza: la esperanza del Señor, la esperanza de esta diócesis. Quiero saludar también –que he visto al pasar en los bancos– a los catecúmenos que estáis aquí y que en la próxima noche de Pascua vais a recibir los sacramentos de la Iniciación Cristiana.

El Crisma que hoy vamos a consagrar va a ser el óleo que os consagre también a vosotros como cristianos, lo mismo que a todos los que van a recibir el sacramento de la Confirmación a lo largo del año, y también las manos de los nuevos presbíteros de este año.

Volvemos un año más, queridos hermanos, al Cenáculo para compartir el don de nuestro sacerdocio, que siempre adquiere una nueva luz en el misterio de la Eucaristía. Renovaremos junto al Padre, al pueblo santo de Dios, nuestra fe y compromiso con Cristo, el Ungido del Señor. Este momento es particularmente importante para nosotros, los sacerdotes, porque nos invita a reflexionar sobre el don inestimable del sacerdocio y la misión que se nos ha confiado como ministros de salvación.

Quiero saludar a todos los que estáis aquí en esta catedral y también a los que están presentes de otro modo: a los sacerdotes ancianos o impedidos que nos acompañan con la oración y la ofrenda de sus sufrimientos y soledades.

También a los hermanos que viven en otros países y en otras misiones. A todos los tenemos siempre muy presentes, pero en este día, en este momento, de un modo muy especial.

No quiero olvidarme de hacer presente en el altar a los sacerdotes que han muerto durante este año, en la esperanza de la resurrección, para que reciban el premio de los buenos pastores.

«Vosotros os llamáis sacerdotes del Señor. Dirán de vosotros: ministros de nuestro Dios». Estas palabras del profeta Isaías definen la vocación y la misión del ungido. El Espíritu del Señor nos ha ungido, como nos decían las lecturas de la Palabra del Señor. Nos ha hecho propiedad suya, ministros de su gloria y nos ha destinado para ser cauce de gracia en una humanidad herida por el mal y el sufrimiento.

Nuestro ministerio es –y tiene que ser– un testimonio de esperanza en medio del mundo. Estamos llamados a ser buena noticia y a llevarla al corazón de cada hombre, de cada mujer, al corazón de nuestro mundo.

Al hablar de nuestro sacerdocio un año más, me inspira la reflexión del papa Francisco en su última carta encíclica *Dilexit nos* que además tiene tanta significación en la espiritualidad de nuestra diócesis. El papa nos recuerda que hay que volver a hablar del corazón en esta cultura líquida en la que vivimos. Es necesario volver a la interioridad, escuchar al corazón y dejar que sea el motor de nuestra vida. Se trata de volver a la fuente y a la raíz de la condición humana.

Citando a san Juan Pablo II, afirma el Pontífice: «El hombre contemporáneo se encuentra a menudo trastornado, dividido, casi privado de un principio interior que genere unidad y armonía en su ser y en su obra. Modelos de comportamiento bastante difundidos, por desgracia, exasperan su dimensión racional, tecnológica o, al contrario, su dimensión más instintiva».

En definitiva, queridos hermanos: al mundo le falta corazón. Entonces podemos preguntarnos todos –y especialmente nosotros, queridos hermanos sacerdotes–: ¿cómo vivir nuestro ministerio en este momento y en este contexto?

Quizá la respuesta sería: con un ministerio con corazón y desde el corazón. Desde el corazón de Cristo, que ha de ser el fundamento y principio inspirador de toda vocación y ministerio eclesial. El corazón de Jesús es la fuente de donde

nace todo en la vida cristiana y, por tanto, en nuestro ministerio. Solo desde este corazón podemos llevar el amor de Dios a los hombres.

La raíz y el fundamento harán un ministerio con corazón. El Corazón de Cristo es el símbolo del amor divino y humano que nos transforma. Como dice la encíclica, su corazón abierto nos precede y nos espera sin condiciones, sin exigir un requisito previo para poder amarnos y proponernos su amistad.

Este amor incondicional debe ser el modelo de nuestro ministerio. No se trata solo de cumplir con nuestras responsabilidades, sino de hacerlo con un corazón que arde de amor por Dios y por su pueblo.

El corazón –como señala también el papa– es el lugar de la sinceridad y la verdad, donde no hay espacio para la apariencia ni el engaño. «El corazón», dice, «es el lugar de la sinceridad donde no se puede engañar ni disimular».

En nuestro ministerio estamos llamados a ser auténticos, a mostrar un rostro humano y cercano, a ser pastores que caminan con su pueblo, que sienten sus alegrías y sus dolores. En este sentido, se nos invita a vivir un ministerio con corazón y desde el corazón.

Esto significa estar atentos a las necesidades de los demás, especialmente de los más vulnerables. La devoción al Corazón de Jesús nos llama a experimentar un amor que se hace historia, carne, postura a favor de los últimos. Nuestro ministerio no puede ser indiferente al sufrimiento; debe ser un reflejo del amor compasivo de Cristo.

Queridos hermanos, os animo a que cada día renovéis vuestro compromiso con este ministerio que nos ha sido confiado. Que nuestro servicio sea un testimonio vivo del amor de Cristo; que nuestros corazones sean un lugar donde los fieles encuentren consuelo y esperanza.

Y que, como los discípulos de Emaús, podamos decir: «¿No ardía acaso nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino?»

El corazón humano –y también el corazón sacerdotal– tiene necesidad de unidad y armonía. Un corazón dividido, enfrentado consigo mismo o con los demás, es una fuente de conflicto, de tristeza que cansa y hastía. Tantas veces los cansancios, la desilusión y el sinsentido son fruto de un corazón dividido.

La unidad la encontramos –como hemos dicho– en Cristo, en su intimidad, en estar y caminar con Él, pero también en nuestra unidad y comunión con la Iglesia.

Queridos hermanos sacerdotes, tenemos que amar a la Iglesia. Esta Iglesia, la real, la concreta, no la que cada uno se crea en su cabeza o en sus deseos. Y hemos de hacer que el pueblo que se nos ha encomendado ame a la Iglesia: con tantas contradicciones, con sus defectos –que son los nuestros–.

Este amor implica cuidar del pueblo de Dios, acompañarlo en su camino de fe y trabajar incansablemente por la unidad y la comunión. Amar a la Iglesia también significa ser fieles a su magisterio y vivir con alegría nuestra pertenencia a esta comunión universal.

Hoy se nos propone para caminar en unidad la imagen de la Iglesia como sínodo. La sinodalidad no es solo un método o una estructura organizativa; es una expresión de la naturaleza misma de la Iglesia.

Estamos llamados a caminar juntos, escuchándonos mutuamente y discerniendo en comunidad los pasos que debemos dar para cumplir con nuestra misión evangelizadora. Este caminar juntos no es una opción, sino un mandato que brota del Evangelio y se realiza bajo la guía del Espíritu Santo.

El documento final del Sínodo nos recuerda que la comunión es el fundamento de la sinodalidad. No podemos construir una Iglesia sinodal si no cultivamos entre nosotros una verdadera unidad. Esta comunión no significa uniformidad, sino que nos anima a valorar la diversidad como un don. La escucha mutua y el respeto profundo por las diferencias son esenciales para vivir en comunión.

La participación, por otro lado, nos invita a incluir a todos los miembros del pueblo de Dios en este proceso. La Iglesia no puede ser un espacio exclusivo donde solo unos pocos toman las decisiones. Es necesario abrir la puerta a todos los bautizados. La participación activa de todos nos hace más auténticos y fieles a nuestra vocación.

Os exhorto, queridos hermanos sacerdotes, a acoger con afecto las determinaciones del último Sínodo. Es una respuesta de fe y confianza en el Señor que guía a la Iglesia. Nuestra obediencia no debe ser fría ni distante, sino

cordial y comprometida, reconociendo que las orientaciones sinodales son fruto de un discernimiento profundo y comunitario.

En un mundo que cambia rápidamente, las exigencias del sacerdocio también se transforman. Pero hay actitudes que, además de universales, no cambian. Siempre son necesarias. La Iglesia existe para evangelizar.

Quiero recordarlo cuando nos preparamos a celebrar los 50 años de esta exhortación apostólica del papa san Pablo VI. La Iglesia existe para evangelizar y nosotros estamos al servicio de esta evangelización. Una evangelización que sea cercana, acogedora, confesante de Jesucristo, que transmita esperanza y alegría, y que sea misericordiosa y samaritana.

Es cierto que, en medio de estas labores y desafíos, puede surgir el cansancio, la desilusión o incluso el sentimiento de soledad. Pero hoy el Señor nos recuerda que no estamos solos. Su gracia nos sostiene y su Espíritu nos renueva constantemente. Por eso os invito, queridos hermanos, a no desfallecer. Sigamos adelante con confianza, con ilusión, con la certeza de que nuestra entrega, aun en lo pequeño, tiene un valor eterno.

No nos olvidemos de ser misioneros enamorados. Son hermosas las palabras también del papa en la *Dilexit nos*: «La misión, entendida desde la perspectiva de la irradiación del amor del Corazón de Cristo», escribe el papa, «exige misioneros enamorados que se dejan cautivar todavía por Cristo y que inevitablemente transmiten ese amor que les ha cambiado la vida. Entonces les duele perder el tiempo discutiendo cuestiones secundarias o imponiendo verdades y normas, porque su mayor preocupación es comunicar lo que ellos viven y, sobre todo, que los demás puedan percibir la bondad y la belleza del Amado a través de sus pobres intentos». ¿No es eso lo que ocurre con cualquier enamorado?

No olvidemos que hemos sido enviados a una misión de salvación universal. Nuestro ministerio trasciende fronteras y diferencias. Es para los de cerca y los de lejos, para los que están dentro y también para los que están fuera de nuestras comunidades.

Somos portadores de una esperanza que el mundo necesita, y nuestra misión es llevarla hasta los confines de la tierra, hasta las periferias existenciales del mundo. Queridos hermanos sacerdotes, en esta misa crismal renovemos

juntos nuestras promesas sacerdotales, reafirmemos nuestro amor a Cristo, a la Iglesia y a la humanidad. Abracemos nuestra vocación con renovada alegría y valentía, sabiendo que el Señor camina con nosotros.

Que María, Madre de los sacerdotes, nos inspire a vivir con entrega y generosidad. Que el Espíritu Santo nos llene de su fuerza y nos impulse a seguir anunciando el Evangelio con pasión y fidelidad.

+ Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

DIÓCESIS DE GETAFE**SEÑOR OBISPO****Homilía. Misa en la Cena del Señor del Jueves Santo. Catedral de Santa María Magdalena (17-4-2025)**

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Hoy nos reunimos para conmemorar uno de los misterios más profundos y esenciales de nuestra fe: el Jueves Santo, día en que celebramos la Cena del Señor. Este día nos introduce en el Triduo Pascual, el corazón del año litúrgico, y nos invita a contemplar los gestos sublimes de Jesús: la institución de la Eucaristía, y el mandamiento del amor que se manifiesta en el gesto profético del lavatorio de los pies. Cada uno de estos gestos ilumina nuestra misión como discípulos y nuestra identidad como comunidad cristiana.

Por eso, entremos con ojos y corazón contemplativo a nuestro Cenáculo para hacer nuestra cada palabra y cada gesto del Señor; no solo somos testigos de lo que vemos y oímos, sino que somos parte de lo que celebramos. Todo esto lo he hecho el Señor por nosotros, por ti. Entremos y gustemos de este banquete que se ha preparado para nosotros.

La institución de la Eucaristía: el don más grande

Los discípulos han preparado la cena como cada año, en obediencia a lo que les ha pedido el Maestro. Al parecer siempre la celebran en el mismo lugar, aunque bien es verdad que esta vez Jesús utiliza palabras enigmáticas para ellos distintas a la de otros años.

En la Última Cena, Jesús, siguiendo la tradición judía, hace memoria de aquella primera Pascua, del paso de Dios que liberó a Israel de la esclavitud de Egipto; desde entonces, y a lo largo de las generaciones, siguen el mandato dado por Yahvé Dios, «de generación en generación, como ley perpetua lo festejaréis». La última cena de Jesús, como cada pascua judía, es un memorial de la pascua de Israel. Sin embargo, aquella noche las palabras y los gestos del Señor mostrarán una novedad que sabe a Misterio. Ya no habla del sacrificio de animales, habla de su cuerpo y de su sangre, de su vida.

Tomó pan y vino, los bendijo y los entregó a sus discípulos diciendo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros... Este es el cáliz de mi sangre, que se

derrama por vosotros». En este gesto, Jesús se ofrece como alimento espiritual, como fuente de vida eterna y como presencia viva en medio de su pueblo. La novedad es total, ahora no se trata de la figura del sacrificio que se hace por la inmolación de los animales, es el sacrificio del Hijo de Dios que, se entrega a sí mismo, y nos limpia de todo pecado, abriéndonos el camino de la salvación. Es un culto existencial. El sacerdote se hace víctima.

La Eucaristía es el don más grande que hemos recibido, porque en ella encontramos a Cristo mismo, que nos fortalece, nos une y nos impulsa a vivir según su ejemplo. Cada vez que celebramos la misa, revivimos este misterio de amor, y somos llamados a dejarnos transformar por él. Hoy, Jesús nos recuerda que no estamos solos, que Él permanece con nosotros en el sacramento del altar. Nos invita a acercarnos a Él con humildad y confianza, para que su amor transforme nuestras vidas. San Agustín clama: «¡Oh, Iglesia amadísima!, come la vida, bebe la vida: tendrás la vida y esa vida es íntegra» (*Sermón* 131, I, 1).

En esta misma cena, y al repartir su cuerpo y sangre, Jesús invita a los apóstoles a realizar este mismo gesto en su memoria: «Haced esto en memoria mía». Entrega a la Iglesia el don de su presencia en su cuerpo y sangre, pero también en aquellos que han de repetir el gesto, en los sacerdotes. El prefacio de la ordenación de presbíteros lo expresa con gran belleza: «Ellos renuevan en nombre de Cristo el sacrificio de la redención y preparan a tus hijos el banquete pascual, donde el pueblo santo se reúne en tu amor, se alimenta con tu palabra y se fortalece con tus sacramentos». La Eucaristía moldea el alma sacerdotal al configurarse de modo extraordinario con Cristo. Sus palabras son las de Cristo, sus gestos son los de Cristo. Los sacerdotes actúan en la persona de Cristo. Qué don y qué exigencia para nosotros sacerdotes, llamados a un oficio tan sublime. Qué necesario que vivamos este don con humildad y con el testimonio de una vida virtuosa.

Pidamos, queridos hermanos, por los sacerdotes, para que sea una imagen cada vez más viva y más perfecta de Jesús, sacerdote, maestro, y siervo de todos.

El mandamiento del amor: una nueva manera de vivir

En esa misma noche, Jesús dio a sus discípulos un mandamiento nuevo: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado». Este amor no es teórico ni abstracto, es concreto y sacrificial. Es un amor que nos llama a poner a los

demás antes que, a nosotros mismos, a tender la mano al necesitado, a perdonar y a construir puentes en lugar de muros.

Este mandamiento del amor debe ser el sello distintivo de nuestra identidad como cristianos. En un mundo marcado por divisiones, egoísmos y odios, Jesús nos desafía a ser luz y testimonio de un amor que transforma. Pero para amar como Cristo, necesitamos primero abrir nuestro corazón a su amor, dejarnos llenar por su gracia y aprender de su ejemplo.

Para darnos ejemplo de cómo se ama, cómo ama Él, realiza el gesto del lavatorio de los pies. Es el gesto más impactante. Jesús, el Maestro y Señor, se arrodilla ante sus discípulos para lavarles los pies, un acto reservado a los siervos. Con este gesto, nos enseña que el verdadero poder se encuentra en el servicio, y que la grandeza cristiana no consiste en ser servido, sino en servir.

El lavatorio de los pies es una lección de humildad y una llamada a ponernos al servicio de los demás, especialmente de los más pequeños, los pobres y los marginados. En este mundo que a menudo valora el prestigio y el poder, Jesús nos muestra un camino diferente: el camino de la entrega y la generosidad.

Dejémonos transformar por una Presencia que nos interpela

El Jueves Santo nos invita a contemplar gestos de Jesús y a dejarnos interpelar por ellos. La Eucaristía, el mandamiento del amor y el lavatorio de los pies son mucho más que ritos: son un programa de vida cristiana, un llamado a vivir con autenticidad nuestra fe y a ser testigos del amor de Dios en el mundo.

Esta tarde, mientras participamos en esta cena sagrada, renovemos nuestro compromiso de vivir según el ejemplo de Cristo. Acerquémonos a la Eucaristía con un corazón abierto, amemos con generosidad y sirvamos con humildad. Que el Espíritu Santo nos guíe y fortalezca, para que nuestras vidas sean un reflejo vivo del amor de Dios.

Que María, la Madre del Señor, que estuvo siempre junto a Jesús, nos acompañe en este camino de fe, amor y servicio.

+ Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

DIÓCESIS DE GETAFE**SEÑOR OBISPO****Homilía. Celebración de la Pasión del Señor del Viernes Santo. Catedral de Santa María Magdalena (18-4-2025)**

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Hoy, al contemplar la Cruz y la pasión de nuestro Señor Jesucristo, somos llamados a enfrentar el misterio profundo de su entrega, ese acto sublime que da sentido al dolor del mundo y a las heridas que habitan en el corazón de los hombres. En cada herida, en cada sufrimiento, en cada grito silenciado por la desesperanza, encontramos una conexión íntima con aquel que no sólo soportó, sino que transformó el sufrimiento en un puente hacia la vida.

El mundo, marcado por la injusticia, el egoísmo y la indiferencia, parece perdido en un océano de heridas. Las guerras, las divisiones y el rechazo nos han dejado cicatrices profundas. Pero Jesús, clavado en la Cruz, nos muestra que esas heridas no son el final. Él las lleva consigo, asume nuestro dolor y nos invita a mirar más allá del sufrimiento para descubrir el poder transformador del amor. Como decía san Agustín: «El Hijo de Dios sufrió para que fuésemos sanados. Él asumió lo que nosotros somos para darnos lo que Él es».

El amor que fluye desde la Cruz no es un amor pasivo; es un amor que actúa, que cura, que restaura. A través de su entrega, Jesús nos muestra que el sufrimiento no es vacío. Su sacrificio nos revela que cada lágrima, cada herida en el alma, tiene un propósito que se enraíza en el amor infinito de Dios. Como afirmaba san Juan Pablo II en su encíclica *Salvifici Doloris*: «El sufrimiento humano ha sido redimido por Cristo: es un misterio que une el dolor del hombre al amor redentor de Dios».

Hoy, mientras nos arrodillamos ante la Cruz, recordemos que no estamos solos en nuestros momentos más oscuros. Las heridas de nuestros corazones, las que parecen imposibles de sanar, encuentran en Jesús una respuesta. Su amor da sentido a nuestras pruebas y nos muestra que, incluso en la muerte, hay esperanza. Porque en su resurrección, la muerte cede paso a la vida eterna. En palabras de Benedicto XVI: «La cruz no es la negación de la vida, sino su consumación en el amor más puro».

Os invito, queridos hermanos, a depositar vuestros sufrimientos y ansiedades, vuestras dudas y vuestros miedos ante la Cruz. Dejad que el amor de Jesucristo transforme vuestros corazones, que cure las heridas y que les dé nueva vida. La Cruz es un recordatorio de que el sufrimiento no es el fin, sino el comienzo de algo más grande. En Cristo, la oscuridad se convierte en luz y la muerte en vida. Como nos recuerda el papa Francisco: «Jesús, desde la cruz, no mira a sus verdugos con odio, sino con amor. Nos enseña que el amor transforma el mundo, uno por uno».

Al salir de la celebración de este Viernes Santo, llevemos con nosotros la verdad del amor que todo lo transforma. Seamos testigos de que, por su sacrificio, podemos encontrar sentido en el dolor y esperanza en el sufrimiento. Porque el misterio de su entrega nos lleva a una certeza: el amor de Cristo nos salva y nos hace pasar de la muerte a la vida.

Con María al pie de la cruz, contemplamos el misterio de un amor que transforma el dolor en vida. En ese instante, cuando el corazón de una madre se parte por el sacrificio de su Hijo, también se abre el costado del Salvador, y de allí fluye la vida nueva: la Iglesia, la humanidad redimida. María, en su dolor, se convierte en madre de todos nosotros, madre de una nueva creación que nace del amor entregado en la cruz. Y nosotros, como el discípulo amado, somos invitados a ocupar nuestro lugar junto a ella, a recibirla en nuestra casa, en nuestra vida, como Cristo nos ha confiado.

No somos meros espectadores de este misterio; somos llamados a ser parte de esa nueva humanidad que vive bajo el signo del amor redentor. Que el testimonio de María nos inspire a vivir fielmente al pie de la cruz, conscientes de que allí, en el misterio del dolor y del amor, nacemos de nuevo en Cristo.

Entremos, hermanos, en el gran Silencio de este día para contemplar el gran amor con el que hemos sido amados y dejarnos transformar por él.

+ Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

DIÓCESIS DE GETAFE**SEÑOR OBISPO****Homilía. Vigilia pascual en la noche santa. Catedral de Santa María Magdalena (19-4-2025)**

«¡Aleluya! Cristo ha resucitado, verdaderamente ha resucitado. ¡Aleluya!»

Queridos hermanos y hermanas, estas palabras resuenan con gozo en nuestros corazones en esta noche santa de la Vigilia Pascual, la noche más luminosa y llena de esperanza del año litúrgico. En ella celebramos el triunfo de Jesucristo sobre la muerte y el pecado, su victoria que nos abre las puertas de la vida eterna.

Esta noche, somos testigos de un momento profundo en la historia de nuestra salvación a través de las lecturas que hemos proclamado. La Palabra de Dios nos ha guiado desde la creación del mundo, pasando por la liberación de Egipto, hasta llegar a la gloria de la resurrección de Cristo. En la primera lectura del Génesis, se nos recuerda que Dios creó todo con amor y que somos obra de sus manos. Esta creación encuentra su culmen y redención en Cristo resucitado, quien nos invita a ser parte de una nueva creación a través del Bautismo.

En el Bautismo, somos sumergidos en las aguas que simbolizan la muerte, pero de las que salimos resucitados con Cristo. San Pablo nos dice: «Porque si hemos sido unidos a Él en una muerte como la suya, también lo seremos en una resurrección como la suya» (Rom 6,5). Esta noche, en comunión con toda la Iglesia, celebramos con inmensa alegría el Bautismo de un grupo de adultos que ha sido llamado por el Señor a esta nueva vida. Su testimonio de fe nos llena de esperanza y nos recuerda la promesa de que, en Cristo, todos somos hechos nuevos.

Queridos catecúmenos, en este momento recibiréis el sacramento que os convierte en hijos e hijas de Dios, en miembros de esta gran familia que es la Iglesia. A través del Bautismo, os incorporáis al misterio pascual de Cristo, muriendo al pecado para renacer a la vida de la gracia. Hoy también renovamos nuestra gratitud por este don maravilloso que todos nosotros hemos recibido en nuestra iniciación cristiana.

De manera especial, quiero dirigirme a la sexta comunidad del Camino Neocatecumenal de la parroquia de San Saturnino en Alcorcón, que esta noche celebra la culminación de un recorrido profundo de conversión y la renovación de su Bautismo. Vuestra vivencia de la Pascua, marcada por un profundo camino de fe y comunidad, es una fuente de inspiración y fuerza para toda nuestra Iglesia. Recordad siempre que el Bautismo no solo nos llama a vivir como hijos de Dios, sino a ser testigos vivos del Evangelio, llevando la luz de Cristo al mundo.

La lectura del Éxodo nos recuerda la liberación del pueblo de Israel a través de las aguas del Mar Rojo. Ese paso de la esclavitud a la libertad es una figura del Bautismo, que nos libera del pecado y nos conduce a la libertad de los hijos de Dios. Hoy, hermanos, recordamos que, así como Dios caminó con su pueblo en el desierto, también camina con nosotros en nuestra vida de fe.

Finalmente, el Evangelio de esta noche nos transporta al sepulcro vacío, donde escuchamos el anuncio que cambia la historia: «No está aquí, ha resucitado» (Lc 24,6). Este mensaje de esperanza y vida nueva es el corazón de nuestra fe. Cristo vive, y por su resurrección todos nosotros somos llamados a la plenitud de vida en Él.

La alegría de María en la resurrección de su Hijo es profunda y contagiosa, como cantamos en la antífona pascual: «Reina del cielo, alégrate, aleluya, porque el Señor, a quien mereciste llevar, ha resucitado según su palabra». María, que sufrió intensamente al pie de la cruz, ahora se llena de júbilo al ver a Cristo vivo, irradiando esperanza y vida nueva para toda la humanidad. Su alegría no es solo personal; es la alegría de toda la Iglesia, que, al igual que María, alaba y glorifica a Dios por su amor y fidelidad inquebrantables.

Queridos hermanos, en esta noche santa, levantemos nuestros corazones en alabanza y acción de gracias al Señor por su infinita misericordia. Acojamos con alegría a nuestros nuevos hermanos y hermanas en la fe, y renovemos nuestro compromiso bautismal de vivir como testigos auténticos de Cristo resucitado. Que esta Pascua nos llene de una alegría que el mundo no puede quitar, y que nuestras vidas sean un reflejo del gozo que la victoria de Cristo ha sembrado en nosotros.

¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya! ¡A Él la gloria y la alabanza por los siglos de los siglos! Amén.

+ Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

DIÓCESIS DE GETAFE**SEÑOR OBISPO****Homilía. Funeral diocesano por el papa Francisco. Catedral de Santa María Magdalena (29-4-2025)**

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Esta tarde, en el tiempo de la Pascua, nos congregamos en torno al altar del Señor con el corazón lleno de gratitud y, al mismo tiempo, de conmoción interior por la desaparición para la escena de este mundo del querido papa Francisco. Ha partido hacia la casa del Padre quien, durante estos años, nos ha guiado con su palabra, su ejemplo y su testimonio de vida: el papa que vino del sur, de más allá del océano. A lo largo de su ministerio, nos mostró con claridad que la vida cristiana es un camino de encuentro con Cristo, de entrega generosa y de amor sin límites.

La liturgia de hoy ilumina este momento de la Iglesia con la luz de la esperanza. Como nos dice san Pablo en su carta a los Filipenses: «Todo lo considero pérdida comparado con el bien supremo de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo he perdido todo, y lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en él» (Fil 3,8-9). Estas palabras bien pueden resumir el pontificado de Francisco, quien vivió con esta radicalidad evangélica, incluso al elegir el nombre del “poverello” de Asís, indicando que quería que su ministerio en la sede de Pedro tuviera «sabor a Evangelio», como la vida y el carisma de san Francisco.

En su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, nos recordaba con insistencia que «Jesús nos invita a superar la tentación de la mediocridad espiritual. No se conforma con una fe tibia, sino que nos quiere ardientes en el amor y la misión» (EG 10).

Francisco fue un pastor con olor a oveja, tal como él mismo pidió a los sacerdotes en la Misa crismal de 2013: «Esto es lo que yo les pido: sean pastores con olor a oveja, pastores en medio de su pueblo y pescadores de hombres» (*Homilía*, 28-3-2013).

Su pontificado fue reflejo de esta cercanía, de un amor tangible por los pequeños, los marginados y los pobres. No fue un papa de gestos vacíos, sino

de acción concreta. Su opción preferencial por los pobres quedó de manifiesto desde el primer día y en cada paso que dio. Nos enseñó a mirar a los descartados, a reconocer en ellos el rostro de Cristo y a hacerles sentir parte viva de la Iglesia.

En el Evangelio que acabamos de proclamar, Jesús se dirige a Pedro con una pregunta que atraviesa la historia y llega hoy hasta nosotros: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» (Jn 21,15). Esta pregunta resonó en el corazón del papa Francisco y se convirtió en el fundamento de su ministerio. Nos recordó que el seguimiento de Cristo no es solo un conjunto de reglas y normas, sino sobre todo una cuestión de amor. «No puede haber verdadera evangelización sin el amor concreto a las personas, sin la ternura, sin la alegría del Evangelio que transforma vidas» (EG 264).

El papa Francisco nos recordó, en cada encuentro, en cada abrazo sincero a los descartados del mundo, que la amistad social es el camino para una humanidad reconciliada, tejida con lazos de respeto y cuidado mutuo. En su encíclica *Laudato si'*, nos urgió a despertar la conciencia de que nuestra casa común no es un recurso que explotar, sino un don que debemos proteger con amor y responsabilidad.

En *Fratelli tutti*, nos mostró que la fraternidad no es un ideal lejano, sino una tarea cotidiana que construimos con pequeños actos de cercanía y compasión. Su vida fue testimonio de una fe encarnada en el servicio, una fe que se hizo camino entre los más vulnerables, llamándonos a ser instrumentos de paz y justicia. Hoy, su legado nos desafía a continuar esta misión, convirtiendo cada gesto de amor en semilla de esperanza para el mundo.

Esta diócesis de Getafe ha sido testigo del cariño del papa Francisco. En cada encuentro que tuve con él, siempre me preguntó por Getafe con un conocimiento que aún hoy me sigue sorprendiendo –de hecho, alguna vez le pregunté si conocía Getafe, a lo que me contestó que nunca había estado–; su actitud siempre atenta demostraba el interés genuino por nuestra diócesis. Recibió a nuestro seminario mayor el pasado verano, era la segunda vez que lo hacía, durante más de dos horas, respondiendo a todas las preguntas de los seminaristas, y mostrando su esperanza y confianza en los futuros sacerdotes de nuestra Iglesia.

Su legado en nuestra diócesis queda reflejado en esa expresión que él mismo nos dejó como testamento espiritual: *Dilexit nos*, nos amó. Nos amó con gestos y palabras, nos amó con su insistencia en la misericordia y el perdón, nos amó al recordarnos que el centro de nuestra vida debe ser Cristo.

No podemos olvidar el último regalo que el papa Francisco dejó a nuestra diócesis: el reconocimiento del culto como beata a Sor Juana de la Cruz de Cubas de la Sagra. Con este gesto, confirmó su sensibilidad hacia las figuras de santidad que han marcado nuestra historia y nos animó a beber de la fuente de su espiritualidad. Como él mismo nos enseñó, «los santos nos acompañan, nos inspiran y nos recuerdan que la santidad es posible para todos, en la sencillez de la vida cotidiana» (*Gaudete et exsultate*, 8).

Y si algo nos enseñó el papa Francisco es que la Iglesia debe ser casa de puertas abiertas, hogar para todos. Nos exhortó a salir al encuentro de los alejados, de los heridos por la vida, de aquellos que no encuentran sentido ni esperanza. Nos animó a ser una Iglesia viva, en movimiento, como nos dijo en *Christus vivit*: «No se queden sentados esperando a que llegue el mundo. Salgan al encuentro de quienes necesitan la luz de Cristo, la esperanza de su amor» (CV 176).

Hoy, hermanos, es el día de agradecer, de recordar y de asumir el reto de continuar su misión. El papa Francisco ha partido al abrazo eterno de Dios, pero su testimonio sigue entre nosotros. Su enseñanza nos interpela, su ejemplo nos exige compromiso, su amor nos llama a dar respuesta. Que el Señor reciba su alma en la gloria, y que nosotros, inspirados por su vida, sigamos construyendo una Iglesia fiel al Evangelio, firme en la esperanza y siempre cercana a los más necesitados.

No puedo concluir mis palabras sin invitaros a dirigir nuestra mirada a la Virgen María, a quien el papa Francisco amó con un corazón filial y confiado. Desde el inicio de su pontificado, acudió a la basílica de Santa María la Mayor para poner su ministerio bajo su protección, y ahora ha querido reposar allí, bajo su mirada maternal. En ella encontró siempre refugio, consuelo y fuerza para su misión. Cuántas veces nos recordó que «María es madre que nos enseña a esperar, a confiar en la misericordia de Dios, a amar sin medida» (*Homilía*, 1-1-2016).

Que Santa María nos ayude a vivir con la misma fe y entrega con que Francisco sirvió a la Iglesia. Que, como él, podamos decir con confianza: «Madre, aquí estamos, guíanos en el camino hacia tu Hijo» (*Ángelus*, 15-8-2013).

+ Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

DIÓCESIS DE GETAFE**CANCILLERÍA-SECRETARÍA****Defunciones****D. Vicente Rico Beltrán**

Falleció en la Residencia San Juan Bautista, en Colmenar de Oreja, el día 11 de abril de 2025, a los 81 años.

Fue un sacerdote muy generoso y servicial; cariñoso, sencillo; muy querido por los feligreses a los que atendió en el ejercicio del ministerio

En la archidiócesis de Madrid estuvo en las parroquias de Fuentidueña del Tajo, Villarejo de Salvanés y Santa Luisa de Marillac.

En la diócesis de Getafe estuvo en las parroquias Nuestra Señora de la Paz de en Parla; Nuestra Señora de la Salud y San Fortunato de Leganés; capellán en la Residencia de Mayores en Parla; fue arcipreste de Parla, delegado diocesano de Migraciones y miembro del Consejo del Presbiterio.

Estuvo de misionero en Benin, durante 7 años. Colaboró con el movimiento Encuentro Matrimonial.

P. José María Ledesma Martín

Falleció el 12 de abril de 2025, a los 77 años, tras una larga enfermedad.

Sacerdote trinitario, dedicó su vida al servicio del Evangelio y a la misión trinitaria, especialmente junto a inmigrantes y personas privadas de libertad.

En nuestra diócesis fue capellán del Centro Penitenciario Madrid VI, en Aranjuez, (1988) donde fue siempre testigo del amor redentor de Cristo y defensor de la dignidad humana. Llevó sus largos años de enfermedad con una paciencia y alegría ejemplares.

Dña. Emilia Agramonte Jiménez

Falleció el día 14 de abril, lunes santo, en Tudela (Navarra) a los 78 años; madre de tres hijos, entre ellos el P. Germán Antonio Antón Agramonte, O.A.R., párroco de Nuestra Señora de Buenavista en Getafe.

*Cristo, vida nuestra, Tú que al nacer rompiste las cadenas de la muerte,
libra a nuestros hermanos difuntos de todas las ataduras*